



La Escalera

Lugar de lecturas



ARTO PAASILINNA

*El año
de la liebre*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Visita al territorio
de Paasilinna

1

LA LIEBRE

Los dos hombres que viajaban en el coche parecían angustiados. El sol poniente les hería los ojos a través del parabrisas polvoriento. Era pleno verano, época de San Juan, y el paisaje estival finlandés se deslizaba ante la mirada fatigada de los hombres, paralelo al apartado camino de arena, sin que ninguno de los dos prestase atención a la hermosura de la tarde.

Se trataba de un periodista y de un fotógrafo en viaje de trabajo: dos seres infelices y cínicos. Estaban cerca de la edad madura y las esperanzas que en su juventud habían puesto en el futuro no se habían cumplido satisfactoriamente, ni mucho menos. Ambos eran maridos engañados y desengañados; su vida diaria se construía en torno a sendas úlceras por venir, y a un sin número de otras pequeñas preocupaciones de todo tipo.

Acababan de discutir sobre si debían volver a Helsinki o si era mejor pasar la noche en Heinola. Así que ahora ya no se dirigían la palabra.

Atravesaban malhumorados la belleza de la tarde veraniega, cerrados en sí mismos, tan testarudos que ni siquiera podían darse cuenta de lo desagradable y pesado que resultaba viajar así.

Sobre una pequeña colina, a contraluz, un lebrato ensayaba sus primeros saltos. Embriagado por la estación se detuvo en medio del camino, en pie sobre sus cuartos traseros. El sol rojizo lo enmarcaba como en una postal.

El fotógrafo, que conducía, llegó a ver al animalito en el camino, pero su cerebro entumecido no pudo reaccionar lo suficientemente deprisa como para hacerse a un lado. El zapato polvoriento pisó el freno con fuerza, pero demasiado tarde, y el aterrado animal saltó por los aires delante del coche. Se oyó un golpe suave cuando chocó contra un ángulo del parabrisas, antes de salir proyectado hacia el bosque.

— ¡Eh! Nos hemos cargado una liebre —dijo el periodista.

— ¡Bicho del carajo! Por poco nos rompe el cristal. El fotógrafo detuvo el coche y retrocedió hasta el lugar del accidente. El periodista se bajó.

— ¿La ves? —preguntó con desgana el fotógrafo. Había bajado la ventanilla, pero sin parar el motor.

— ¿Eh? —gritó el periodista desde el bosque. El fotógrafo encendió un cigarrillo y lo fue fumando despacio, con los ojos cerrados. No volvió a la realidad hasta que sintió que se quemaba las uñas.

— ¡Vuelve ya! No voy a perder el tiempo con ninguna maldita liebre.

El periodista caminaba oscuro por el bosque claro; alcanzó el borde de un pequeño campo de cultivo, saltó una zanja y contempló el césped verde. Entre el heno distinguió al lebrato.

Su pata trasera izquierda se había roto y colgaba tristemente por debajo del muslo. El animal se sentía tan mal que ni siquiera trató de huir cuando vio aproximarse al hombre.

El periodista cogió entre sus brazos a la atemorizada criatura. Cortó la punta de una rama y entablilló como pudo la pata del animal, atándola con jirones de su pañuelo. La liebre escondía la cabeza entre sus patitas delanteras y el corazón le latía tan fuerte que le hacía temblar las orejas. A lo lejos, en la carretera, se escuchó el ruido nervioso de un motor, luego dos violentos bocinazos y un grito:

— ¡Que vuelvas ya, joder! ¡Nunca llegaremos a tiempo a Helsinki si no dejas de retozar por el bosque, hostias! ¡Si no vienes en

seguida, te las arreglarás para hacerlo solo! ¿Estamos?

El periodista no respondió. Sostenía al animalito entre sus brazos. Aparentemente no tenía más lesión que la de la pata y, poco a poco, se iba calmando.

El fotógrafo salió del coche y echó una ojeada al bosque con mirada colérica: ni rastro de su colega. Blasfemó, encendió otro cigarrillo y comenzó a pasear por la carretera arriba y abajo. Ninguna reacción en el bosque. Pisó la colilla en el suelo y gritó:

—¡Pues ahí te quedas, imbécil! ¡Y adiós, coño!

Siguió escuchando aún un rato más, pero al ver que no recibía respuesta alguna entró indignado en el coche, pisó el acelerador, metió bruscamente la marcha y se fue. La grava crujía bajo las ruedas, y al cabo de un instante el coche había desaparecido.

El periodista estaba sentado al borde de la zanja con la liebre en su regazo; parecía una anciana que se hubiese ensimismado haciendo ganchillo. Se dejó de oír el ruido del coche del fotógrafo. Se puso el sol.

El periodista depositó la liebre sobre el césped. Por un momento temió que se escapara, pero el animalito se quedó agazapado entre el heno. Cuando el hombre volvió a cogerlo ya no tenía nada de miedo.

—Pues aquí estamos —dijo el hombre a la liebre.

Ésta era la situación: el hombre estaba sentado, solo, en el bosque, en chaqueta, bajo una noche de verano. O sea: había sido abandonado a su suerte.

¿Y qué es lo que puede hacerse en una situación así? El hombre pensó que tal vez habría tenido que contestar a las llamadas del fotógrafo. Y que ahora, a lo mejor, tendría que volver caminando a la carretera, esperar al coche siguiente y hacer autostop; llegar por sus propios medios a Heinola o a Helsinki.

La idea le pareció sumamente desagradable.

Sacó su cartera y comprobó que tenía unos cuantos billetes de cien marcos, su carné de periodista, la tarjeta de la Seguridad Social, una fotografía de su mujer, calderilla, un par de condones, el

manojo de llaves y una vieja pegatina del Primero de Mayo. Además llevaba bolígrafos, un bloc y un anillo. En el bloc su jefe había hecho imprimir: Kaarlo Vatanen, periodista. Según su tarjeta de la Seguridad Social, Kaarlo Vatanen había nacido en 1942.

Se puso de pie y contempló el último resplandor del sol poniente detrás de la línea del bosque e hizo un gesto como asintiendo a la liebre. Luego miró hacia la carretera, pero no hizo la más mínima intención de dirigirse allí. Cogió a la liebre que estaba en el suelo, la metió con cuidado en el bolsillo de su chaqueta y, dejando atrás la pradera, se encaminó hacia el bosque, que se oscurecía por momentos.

El fotógrafo, furioso, condujo hasta Heinola. Allí echó gasolina y decidió hospedarse en el hotel que el periodista le había recomendado.

Pidió una habitación doble, se quitó la ropa polvorienta y se metió en la ducha. Luego se dirigió al restaurante del hotel. Pensaba que el periodista no tardaría en llegar. Entonces podrían hablar y zanjar el asunto. El fotógrafo tomó algunas cervezas y después de cenar siguió con bebidas más fuertes.

Pero el periodista seguía sin aparecer.

A altas horas de la noche el fotógrafo continuaba en el bar del hotel. Miraba fijamente la negra superficie del mostrador y rumiaba compungido su situación. A lo largo de la noche había repasado lo ocurrido. Se había dado cuenta de que, dejando a su compañero en el bosque, en un tramo prácticamente deshabitado, había cometido un error. ¿Y si el periodista se había roto una pierna, y si se había extraviado, y si se había ahogado en un pantano? Porque de no haber sido por algo así ya habría llegado a Heinola, aunque fuese andando.

Comprendió que debía llamar a Helsinki, a la mujer del periodista.

La mujer respondió medio dormida que Vatanen no había aparecido por allí, y al advertir que el que llamaba estaba borracho,

colgó. Cuando el fotógrafo intentó llamar de nuevo ella no contestó. Seguramente había desenchufado el teléfono.

Un poco antes del alba el fotógrafo llamó a un taxi: había decidido volver al lugar del crimen para ver si, después de todo, el periodista seguía allí. El taxista le preguntó a su embriagado cliente que a dónde lo llevaba.

— Siga este camino, a ningún sitio en particular. Ya le diré cuándo debe pararse.

El taxista lo miró por encima del hombro. Se alejaban de la ciudad por la carretera que cruzaba el bosque, de noche y, según las órdenes, sin dirigirse a ningún sitio en particular. Sacó discretamente una pistola de la guantera y la colocó sobre el asiento, entre sus piernas, sin dejar de vigilar a su viajero. Entonces, al llegar a lo alto de una pequeña colina, el cliente dijo:

—Alto aquí.

El conductor empuño rápidamente el arma, pero el borracho salió tranquilamente del coche y se puso a gritar hacia el bosque:

— ¡Vatanen, Vatanen!

Sombrío, el bosque no le devolvió ni el eco.

—Vatanen. ¡Eh! Vatanen, escucha. El hombre se quitó los zapatos, se arremangó las perneras del pantalón hasta las rodillas y entró, descalzo, en el bosque. Pronto desapareció en la oscuridad. Se le oía llamar a Vatanen.

«Qué tipo tan raro», pensó el taxista.

Después de meter ruido en el bosque durante media hora más o menos, el cliente volvió a la carretera. Pidió un trapo y se limpió el barro de los pies, después se calzó los zapatos sin ponerse los calcetines que aparentemente estaban en el bolsillo de su chaqueta. Volvieron a Heinola.

—Por lo visto ha perdido usted a un tal Vatanen.

—Así es. Lo dejé esta noche por ahí, en la colina. Ya no está.

—No está. Yo tampoco lo he visto —dijo el conductor compadeciéndose.

El fotógrafo se despertó en la habitación del hotel al día siguiente, sobre las once de la mañana. Una fuerte resaca le martilleaba la cabeza y tenía ganas de vomitar. Se acordó de la desaparición del periodista. Tenía que telefonear inmediatamente a la esposa de Vatanen a su trabajo. El fotógrafo contó:

—Salió en busca de una liebre, allí, a la colina. Y no volvió. Yo lo llamaba, pero no me contestó, así que lo dejé. Quizá quería quedarse.

A lo que la mujer preguntó:

—¿Estaba borracho?

—No.

—¿Pues entonces dónde está ahora? Nadie desaparece así, por las buenas.

—Pero ha desaparecido. ¿No habrá ido para allá?

—No lo ha hecho. Ay, Dios mío, ese hombre me va a volver loca. Pues este asunto tendrá que resolverlo él solo. Pero lo principal es que vuelva inmediatamente a casa, díselo así.

—¿Cómo quieres que le diga nada si ni siquiera sé dónde está?

—Pues búscalo, y dile que me llame al trabajo en seguida. Y que es la última vez que hace el burro de esta manera. Escucha, tengo un cliente, dile que me llame, adiós.

El fotógrafo llamo a su redacción.

—Sí, Sí... Y otra cosa: Vatanen ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —preguntó el Jefe de redacción. Entonces el fotógrafo contó la historia.

—Acabarás por aparecer. Ese artículo vuestro no es tan importante como para que no pueda esperar. Lo publicaremos cuando Vatanen haya vuelto.

—¿Y si le ha ocurrido alguna desgracia?

Desde Helsinki lo tranquilizaron:

—Tú vuelve aquí. ¿Que quieras que le haya pasado? Y además, sería problema suyo. —¿Y si llamo a la policía?

—Que lo haga su mujer, si quiere. ¿Estará al corriente?

—Sí, lo sabe. Pero no parece importarle. —Pues a nosotros tampoco nos incumbe, ¿no?

2

LA RECAPITULACIÓN

Por la mañana temprano, Vatanen se despertó con el canto de los pájaros, entre el aroma de heno de un pajar. La liebre descansaba a su lado. Parecía seguir con la vista el vuelo de las golondrinas que se deslizaban hasta su nido bajo la viga, entrando y saliendo del pajar diligentemente, bien porque aún no acababan de construirlo, bien porque ya tenían allí crías a las que alimentar.

El sol brillaba a través de las rendijas de los viejos troncos y el heno añejo calentaba la estancia. Vatanen permaneció recostado en el heno, sumido en sus pensamientos, cerca de una hora antes de sacudirse, levantarse y salir con la liebre entre sus brazos.

Detrás del viejo prado lleno de flores murmuraba un riachuelo. Vatanen depositó a la liebre en la orilla, se desnudó y se dio un baño en el agua fría. Un banco tupido de pequeños pececitos remontaba la corriente; se asustaban al menor movimiento, pero en seguida se sobreponían.

Vatanen pensó en su mujer, allá en Helsinki. Se sintió mal.

A Vatanen no le gustaba su mujer. Era una mala mujer, había sido mala o, mejor dicho, egoísta desde que se casaron. No dejaba de comprarse vestidos feos, feos y poco prácticos, que se cambiaba constantemente porque al final ni a ella misma acababan de gustarle. Hubiera cambiado también a Vatanen si hubiese podido hacerlo con la misma facilidad.

Al comienzo del matrimonio la mujer había empezado a ahorrar sistemáticamente para la casa: su nido. Entre tanto, ésta se iba convirtiendo en una extraña mezcla de distintas ideas de revista de decoración, en algo superficial y de mal gusto donde reinaba, entre grandes carteles y sillones de módulos, un radicalismo aparente. En las habitaciones resultaba difícil moverse sin golpearse con algo. Todo el mobiliario resultaba inarmónico. Y la casa era el perfecto reflejo de su matrimonio.

Una primavera la mujer se quedó encinta, pero se ocupó de abortar lo más rápidamente posible. La cuna del bebé arruinaría la decoración, eso había dicho, pero el verdadero motivo había llegado a los oídos de Vatanen después del aborto: el niño no era suyo.

—¿Tienes celos de un feto, bobo? —dijo la mujer cuando él sacó a relucir el tema.

Vatanen acercó al lebrato a la orilla del agua para que pudiese beber. El animalito comenzó a lamer el agua fresca, y en efecto era mucha la sed que tenía para lo pequeño que era. Después comenzó a mordisquear enérgicamente los hierbajos de la orilla.

Todavía se resentía bastante de su pata trasera.

Tal vez debería volver a Helsinki, pensó. ¿Qué van a decir en el trabajo de esta desaparición?

¡Menudo trabajo, qué misión! Se trataba de una revista que se jactaba de remover la mierda, pero pasaba por alto los problemas verdaderamente importantes de la Sociedad. La portada llevaba semana tras semana la fotografía de algún don nadie: mises, modelos, el bebé de un matrimonio famoso... Al principio, Vatanen se había sentido feliz de ser redactor de una gran revista, y especialmente cuando tenía la oportunidad de entrevistar a algún personaje injustamente tratado, sobre todo si era el Estado quien lo acosaba. Entonces uno alimentaba la ilusión de estar haciendo una labor importante; pero ahora, después de tantos años, Vatanen ya no se lo creía, hacía sólo lo mínimo y se contentaba no contribuyendo personalmente a aumentar las desigualdades sociales. Lo mismo les ocurrió a sus colegas: frustrados en su

trabajo, gente cínica. El más inútil de los economistas especializados en *marketing* valía para orientar a este tipo de redactores sobre lo que el editor esperaba de ellos. La revista salió adelante con éxito, pero no ofrecía más que información lavada, vestida, maquillada y convertida en un entretenimiento. ¡Menuda profesión!

Eso sí, le pagaban un sueldazo; pero igualmente estaba siempre sin blanca. El alquiler le suponía casi mil marcos mensuales, pues la vivienda sale cara en Helsinki. De hecho, por culpa del alquiler, Vatanen no iba a conseguir nunca una vivienda propia.

Había comprado una lancha de motor, pero aún le quedaban plazos pendientes. Aparte de la lancha no tenía otras aficiones. Su mujer, a veces, proponía ir al teatro, pero Vatanen no quería salir con su mujer; había llegado a hartarse incluso de su voz.

Suspiró.

La mañana veraniega seguía iluminándose, pero a Vatanen estos pensamientos le habían quitado la alegría. Sólo cuando la liebre terminó de comer y volvió a metérsela en el bolsillo las ideas negras lo dejaron en paz. Comenzó a caminar decididamente hacia el oeste, en la misma dirección que la noche anterior. El bosque murmuraba alegre y Vatanen canturreaba una vieja canción. Las orejas de la liebre sobresalían de su bolsillo. Al cabo de dos horas más o menos llegó a un pueblo y en la calle principal encontró un quiosco rojo, ¡mira qué casualidad!, junto al quiosco trajinaba una muchacha que parecía disponerse a abrir su pequeño negocio. Vatanen se acercó, dio los buenos días y se sentó en la terraza. La muchacha abrió los paneles de madera que cerraban la ventanilla, se metió dentro, descorrió el cristal y dijo:

—El quiosco está abierto. ¿Quieres algo?

Vatanen compró tabaco y una botella de limonada. Ella lo miró con detenimiento y dijo:

—¿Eres un delincuente?

—No... ¿Te doy miedo?

—No te lo he preguntado por eso. Se me ocurrió porque te he visto venir del bosque.

Vatanen sacó la liebre y la plantó sobre el banco.

—¡Mira, un conejito!

—No es un conejito, es una liebre. Me la he encontrado.

—Pobrecita, tiene una pata mala. Voy a buscar zanahorias.

La muchacha dejó el quiosco y salió corriendo hacia una casa próxima; tardó un rato en volver. Traía un manojo de zanahorias llenas de tierra. Las lavó con limonada y se las ofreció en seguida a la liebre; pero ésta, para su desilusión, no las quiso.

—No parecen gustarle.

—Es que está un poco enferma. ¿Hay veterinario en este pueblo?

—Bueno..., un tal Mattila sí que tenemos... pero no es nuestro; viene sólo a veranear, desde Helsinki; para el invierno se marcha. Vive por allá, a la orilla del lago. Si subes al tejado del quiosco te mostraré su casa.

Vatanen subió al tejado. La muchacha, desde abajo, le decía hacia dónde tenía que mirar y de qué color era la casa. Vatanen dirigió su mirada al lugar indicado y consiguió localizar la vivienda del veterinario. Luego bajó del tejado ayudado por la muchacha, que le sostenía el trasero.

El veterinario Mattila le puso a la liebre una pequeña inyección y le vendó cuidadosamente la pata trasera.

—Ha sufrido un *shock*. La pata quedará bien. Si la lleva a la ciudad consiga lechuga fresca, eso es lo que come. Pero tiene que lavarla bien, para que no le produzca colitis. Y para beber sólo agua.

Cuando regresó al quiosco se encontró allí con un puñado de hombres aparentemente desocupados, bebiendo cerveza. La muchacha los presentó a Vatanen:

—El-hombre-de-la-liebre.

A juzgar por sus preguntas la liebre pareció interesarles mucho. Entre todos calcularon la edad que podía tener. Uno de ellos contó

que, antes de la cosecha, siempre recorría los campos dando voces para espantar a los lebratos escondidos entre el heno.

—Porque si no se cuelan entre las cuchillas de la segadora. Un verano se colaron tres: uno salió sin orejas, otro sin patas de atrás y el otro en dos mitades. Pero los veranos que los he espantado no se ha quedado ninguno entre las cuchillas de la segadora.

El pueblo le pareció tan agradable que se quedó varios días hospedado en el piso de arriba de una casa de dos plantas.

3

EL PLAN

Vatanen subió al autobús de Heinola. Uno no puede quedarse para siempre en un pueblo, por muy agradable que sea, si no tiene nada que hacer allí.

Con la liebre en una cesta, Vatanen fue a sentarse a los asientos de atrás, donde algunos campesinos fumaban sus cigarrillos.

Cuando vieron al animalito comenzaron a conversar sobre él.

Acordaron que este verano había más lebratos de lo normal y discutieron sobre si éste sería macho o hembra. Preguntaron a Vatanen si tenía pensado matar a la liebre y comérsela cuando hubiese alcanzado su tamaño adulto. Él contestó que no eran éas sus intenciones, a lo que respondieron que nadie se comería a su propio perro, y que a veces era más fácil querer a un animal que a una persona.

Vatanen alquiló una habitación en el hotel, se aseó y bajó al comedor. Era mediodía y el restaurante estaba completamente desierto. Colocó a la liebre en un asiento junto al suyo. El *maître* la miraba mientras sostenía el menú.

—En realidad... aquí no están permitidos los animales.

—No es nada peligrosa.

Vatanen pidió algo para él y lechuga, zanahoria rallada y agua fresca para ella. El *maître* se quedó un buen rato mirando a Vatanen coger la liebre y ponerla sobre la mesa para que comiese de la ensaladera, pero no se animó a impedírselo.

Después de comer llamó por teléfono a su mujer desde el vestíbulo.

—¡Ah! Eres tú —gritó la mujer enfadada—. ¿Desde qué antro me llamas esta vez? Vuelve a casa inmediatamente.

—Estaba pensando en no volver.

—¡Ah! ¿Eso piensas? A ti te pasa algo en la cabeza; ¡tendrás que volver! Y además, esta broma te va a costar el empleo, no lo dudes. Antero y Kerttu vienen esta noche de visita, ¿qué les voy a decir?

—Pues diles que me he escapado de casa; así no tienes que inventar un pretexto.

—No les puedo decir eso. ¿Qué van a pensar? Si lo que pretendes es conseguir el divorcio, te advierto que no lo lograrás. Yo no te voy a dejar ir así, por las buenas, después de haberme destrozado la vida. Son ocho años lo que he perdido por tu culpa.

¡Qué estúpida fui casándome contigo!

La mujer rompió a llorar.

—Llora más deprisa, que corre el contador.

—Si no vuelves en seguida llamaré a la policía; ¡a ver si así aprendes a quedarte en casa!

—No creo que esto le interese mucho a la policía.

—Te advierto que ahora mismo llamo a Antti Ruuhonen, ¡para que veas que compañía no me falta!

Vatanen colgó el teléfono.

Luego llamó a su amigo Yrjö.

—Oye, Yrjö, he pensado que te vendo la lancha.

—¿Qué me dices? ¿Desde dónde llamas?

—Desde aquí, desde el campo, en Heinola. Creo que por el momento no quiero volver a Helsinki, y necesito dinero. ¿Me compras la lancha?

—Claro que te la compro. ¿Quince mil?

—Vale. Puedes recoger las llaves en la redacción, están en mi escritorio, en el cajón de abajo a la izquierda: dos llaves en una

anilla de plástico azul. Pregunta por... Leena, la conoces, ¿no? Ella puede dártelas. Dile que vas de mi parte. ¿Tienes liquidez?

—Sí. La plaza en el embarcadero estará incluida en el precio...

—Vale. Haz esto: ve inmediatamente a saldar mi deuda en el banco (Vatanen le dio los datos de su cuenta) y luego ve a mi casa dale cinco mil marcos a mi mujer. Los siete mil restantes los envías urgentes a la Caja de Ahorros de Heinola, a mi nombre.

¿Vale?

—Oye. ¿Están también incluidas tus cartas de navegar?

—Vale. Las tiene mi mujer. No os vayáis a ir a pique tú y la lancha. Empieza poco a poco y evitarás accidentes.

—Oye. ¿Cómo es que te desprendes de la lancha? ¿Te has vuelto loco?

—Cosas de la vida.

Al día siguiente se dirigió con la liebre a la Caja de Ahorros.

Como se puede suponer, su paso era ligero y se sentía despreocupado. Se ha hablado mucho del sexto sentido de los humanos, y a Vatanen, cuanto más cerca estaba del banco, más comenzaba a parecerle que las cosas no iban del todo bien. Se acercó con cautela; aunque no acababa de imaginar qué clase de peligro podía estar acechándolo allí. Pensó que el breve período de dos días de total libertad había extremado su sensibilidad para percibir las cosas. Esa idea le hizo cierta gracia, así que entró sonriendo en el banco.

Su sexto sentido no le había fallado. En el interior, con la espalda hacia la puerta, estaba sentada su mujer. Se le puso el corazón en un puño, un escalofrío de terror recorrió la espina dorsal de Vatanen. Hasta la liebre se asustó.

Vatanen salió disparado hacia la calle y corrió por la acera tan rápido como se lo permitieron sus piernas. Los transeúntes se quedaban atónitos viendo a aquel hombre que huía del banco con una cesta de la que sobresalían dos pequeñas orejitas de liebre.

Corrió calle abajo hasta el final de la manzana y allí giró por una bocacalle donde se topó con la puerta de una taberna. Sin dudarlo

un segundo entró en el local. Jadeaba, le faltaba el aliento.

—¿Me equivoco o es usted Vatanen, el periodista?

—Preguntó el portero mirando a la liebre como si la conociera de algo—. Lo están esperando.

Al fondo del comedor estaban sentados el fotógrafo y el jefe de redacción. Tomaban tranquilamente sus cervezas y no advirtieron la presencia de Vatanen. El portero explicó que los señores le habían pedido que condujese a su mesa a un hombre con el aspecto de Vatanen que bien podía llevar consigo una liebre.

Vatanen volvió a encontrarse en la calle.

Se deslizó entre el tráfico y se escabulló hacia su hotel.

Intentaba averiguar dónde había fallado su plan. Llegó a la conclusión de que detrás de todo estaba ese hijoputa de Yrjö.

Vatanen llamó por teléfono a Yrjö y descubrió que a Yrjö, de puro bobo, se le había escapado, hablando con su mujer, el destino de los siete mil marcos. El resto era fácil de adivinar: la mujer había convencido a su jefe para ir a buscarlo a Heinola, y ahora esperaba en el banco a que él apareciese a por el dinero. Y el dinero estaba allí, pero ¿Cómo podía ahora sacarlo sin arriesgarse a una escena?

Había que pensárselo.

Vatanen tuvo una idea. Pidió al recepcionista que le preparase la cuenta, pero le advirtió que pronto vendrían a verlo tres personas: una mujer y dos hombres. Luego escribió una nota en el papel del hotel y la dejó sobre la mesa de su habitación, acabado lo cual cogió el teléfono. Buscó el número de esa taberna por la que había pasado como un gato sobre un fogón; le contestó la voz del portero.

—Soy Vatanen, el periodista. ¿Sería usted tan amable de ponerme con cualquiera de esos hombres de antes?

—¿Vatanen?

—Se oyó decir al cabo de un rato a su jefe de redacción.

—El mismo. Hola.

—Te pillamos, pillín. Sabes que tu mujer está en el banco y nosotros aquí, conque déjate de tonterías y ven aquí para que podamos volver todos cuanto antes a Helsinki.

—Escucha, ahora no puedo ir. ¿Por qué no venís los tres al hotel? Mi habitación es la 312. Yo tengo que poner un par de conferencias. Pero traed a mi mujer; así podremos aclarar de una vez este asunto entre los cuatro.

—OK. Vamos para allá. Pero no se te ocurra moverte.

—Tranquilo. Adiós.

Nada más colgar, Vatanen cogió a la liebre y salió disparado.

Tomó el ascensor, pagó al recepcionista la cuenta y le advirtió que la habitación quedaba reservada para las tres personas que vendrían preguntando por él. Con la misma rapidez salió a la calle.

Fue callejando hasta el banco. Desde una prudente distancia se detuvo a observar si su mujer seguía allí. Y sí, allí seguía la condenada. Se quedó vigilando desde la esquina.

Pronto vio salir a dos hombres de la taberna cercana; reconoció al redactor jefe y al fotógrafo. Entraron en el banco y enseguida volvieron a salir acompañados por su mujer. Los tres se encaminaron hacia el hotel. Vatanen pudo oír cómo su mujer decía:

—Ya os lo había dicho. Era la única forma de cazarlo.

Una vez que los había perdido de vista, Vatanen entró tranquilamente al banco, se presentó frente a la ventanilla y mostró su carné de identidad. La empleada leyó el nombre que figuraba en el documento.

—Su mujer ha estado buscándolo. Acaba de irse.

—Ya lo sé; ahora mismo voy a encontrarme con ella.

En el banco había siete mil marcos a nombre de Vatanen, menos seis marcos de Comisión por transferencia urgente; lo que se cobraba entonces. Vatanen firmó el recibo y cogió el fajo. Le llevó su tiempo contar todos esos billetes. La liebre se acurrucaba, sobre el mostrador de cristal: las empleadas habían abandonado sus puestos y formaban corro para admirar al tierno animalito, todas querían acariciarlo.

—Cuidado con su pata trasera, está rota —advirtió Vatanen cortésmente.

—Uuuuy, ¡qué mono! —exclamaban las empleadas. En el banco se respiraba una atmósfera de felicidad acaramelada.

Cuando al fin consiguió salir, Vatanen se dirigió hacia la parada de taxis de la plaza, subió a un gran automóvil negro y dijo al conductor:

—A Mikkeli, deprisa.

En ese momento, en el hotel, en la habitación de Vatanen, tenía lugar una acalorada discusión en torno a la nota que éste había dejado, y en la que se leía:

«Dejadme en paz. Vatanen».

4

LAS HIERBAS

Mikkeli y el sol: la libertad completa. Vatanen se encontraba sentado en un banco del parque central de la ciudad. La liebre rebuscaba entre el césped algo para comer. Desde la estación de autobuses llegaron cuatro gitanas, ataviadas de vivos colores, que se detuvieron a observar a la liebre y se acercaron a charlar con Vatanen. Las mujeres se encontraban de buen humor y quisieron comprarle al animal.

Supieron explicar a Vatanen dónde estaba la Oficina del Distrito de Caza de Savonia del Sur, y una de ellas insistió en decirle la buena fortuna:

—Veo un gran cambio en tu vida —dijo la mujer. Aseguró que Vatanen había sufrido fuertes tensiones y que había tomado una decisión muy importante. La raya central auspiciaba un futuro disoluto, un sinnúmero de viajes a la vista y nada de qué preocuparse. Cuando Vatanen le ofreció dinero, ella no quiso aceptarlo.

—Ay, ay, muchachito, en verano no hace falta el dinero.

En la puerta de la Oficina de Caza había un letrero donde se leía que al inspector de caza, U. Kärkkäinen, se lo podía encontrar en su casa. Vatanen paró un taxi y se dirigió a la dirección indicada. En el patio ladraba un perro de gran tamaño. En cuanto olfateó a la liebre, el animal ya no pudo dejar de aullar.

Vatanen no se atrevía a dar un paso.

De la casa salió un joven, también de gran tamaño, que tranquilizó al perro. Una vez que Vatanen consiguió entrar, el inspector le pidió que tomase asiento y preguntó si podía servirle en algo.

—¿Usted sabría decirme que comen estos animalitos? — Preguntó Vatanen sacando la liebre de su cesta y colocándola entre ambos—. Por la parte de Heinola un veterinario me dijo que, por lo menos, lechuga, pero resulta difícil de conseguir. La hierba no parece interesarle.

Visiblemente entusiasmado, Kärkkäinen observó al lebrato con aire experto.

—Macho. No habrá cumplido el mes. ¿Lo ha cogido para criarlo? Está terminantemente prohibido por la Ley de Protección de la Veda.

—Es que de otro modo habría muerto. Tiene una pata rota.

—Eso se ve, pero igualmente hay que legalizar la situación.

Pues hale, le expido ahora mismo un permiso oficial, para que pueda quedárselo como animal doméstico, y ya está.

El hombre escribió a máquina un par de líneas en un folio, estampó encima un sello y lo firmó. En el papel podía leerse:

«Certificado».

«Por la presente certifico que el portador de este documento tiene oficialmente derecho a poseer y mantener una liebre salvaje, en virtud del hecho de que el mencionado portador de este documento encontró y auxilió al susodicho animal salvaje hallándose éste impedido de su pata trasera izquierda y corriendo, en consecuencia, peligro de muerte. En Mikkeli, U. Kärkkäinen, Distrito de Caza de Savonia del Sur».

—Dele de comer tréboles tiernos; eso se encuentra ahora en cualquier sitio. Y para beber sólo agua corriente, no intente darle leche. Aparte del trébol es posible que acepte también heno fresco y brotes de cebada de otoño. Lo que les gusta mucho es la grama de botica, y la guija de prado, y además todas las algarrobillas; y la mielga rastrera es también muy apropiada. En invierno dele

cortecillas o tallos de arándano congelados, si es que va a tenerla en la ciudad.

—¿Qué tipo de planta es esa guija? Me temo que no la conozco.

—Pero las arvejas sí que las conocerá ...

—Creo que sí, son leguminosas; tienen esos mismos ganchitos que los guisantes.

—La guija se parece mucho a la arveja, y también tiene flores amarillas, ésa es su característica más determinante. Deje que le haga un dibujo, para que pueda verlo.

Kärkkäinen cogió un gran pliego de papel y comenzó a dibujar la planta con un lápiz. No era precisamente un buen dibujante. El lápiz, agarrado por sus fuertes manos, trazaba profundos surcos sobre el papel; la punta se rompió un par de veces con un chasquido, pero tras un fatigoso esfuerzo aquello comenzó a cobrar forma. Vatanen intentaba ver el dibujo al que Kärkkäinen daba los últimos retoques; pero cada vez que lograba entrever algo éste retiraba el papel como quien no desea ser molestado en plena inspiración creativa.

—Y luego tiene este tipo de florecitas amarillas... ¡Caray!

Debería tener color amarillo para que pueda usted tener una idea más clara. Voy a por las acuarelas del niño.

Kärkkäinen fue a por agua y comenzó a colorear sobre los gruesos trazos de lápiz. Pintó el tallo y las hojas de color verde y limpió cuidadosamente el pincel antes de proceder a colorear de amarillo las flores.

—Éste es un papel muy delgado y el color se desparrama.

Cuando las flores estuvieron finalmente coloreadas de amarillo, Kärkkäinen apartó los bártulos y comenzó a soplar sobre la acuarela para secarla, y la estuvo mirando un buen rato. Luego retiró un poco el papel y examinó el resultado con expresión crítica.

—No sé, no sé... No estoy muy seguro de que vaya a servirle, pero la planta es más o menos así y ella se la comerá sin duda con mucho gusto. Esos zarcillos me han quedado un poco gordos; debería imaginárselos más finos cuando lo compare con plantas

auténticas en un entorno natural. ¿Tiene usted una cartera para guardarlo sin que se doble?

Vatanen negó con la cabeza. Kärrkäinen le dio entonces un sobre grande, de color gris, en el que el dibujo entró perfectamente.

Vatanen le dio las gracias por los consejos. El inspector sonrió algo embarazado aunque satisfecho. Se despidieron en el patio, con un caluroso apretón de manos.

El taxista llevaba una media hora esperando. Vatanen le pidió que lo llevarse a las afueras, a algún sitio donde hubiese vegetación abundante. En seguida encontraron el lugar adecuado: un extenso bosque de abedules cuya linde aparecía, del lado de la carretera, repleta de amarillos dientes de león.

El taxista le preguntó si podía acompañarlo a recoger flores, pues el tiempo, sentado solo en el coche caliente, se le hacía muy largo y se aburría.

—Vale.

Vatanen le dio el dibujo de Kärrkäinen. No pasó mucho tiempo antes de que se oyese al taxista gritar alegremente en el bosque:

—¡He encontrado las guijas!

Otras plantas mencionadas por el inspector crecían también en la zona.

—A mí me han interesado siempre las plantas —confesó el taxista a Vatanen.

Al cabo de una hora habían reunido cada uno un buen montón de las plantas más apropiadas. La liebre las devoraba.

Mientras tanto el taxista fue, con un tapacubos, a buscar agua de la fuente. Lo lavó cuidadosamente debajo del chorro antes de llenarlo. Primero bebió la liebre durante un largo rato, luego los hombres se repartieron el resto. Cuando se terminó el agua, el conductor volvió a colocar el tapacubos en la rueda delantera, encajándolo con un golpe seco.

—Podemos llevar estas plantas a mi casa; puedo tenerlas en el armario de la entrada hasta que usted consiga una habitación en el hotel, u otro alojamiento.

En la ciudad, y una vez que llegaron al patio de la casa del taxista, reunieron sus montones de hierba, entraron en el ascensor y subieron a la cuarta planta. Abrió la puerta una mujer de aspecto sencillo, que no disimuló su sorpresa al ver a su marido y a aquel hombre cargados con sendos montones de plantas aromáticas.

—Helvi, aquí las hierbas de este cliente; vamos a guardárselas en el armario hasta que las necesitemos de nuevo.

—¡Ay, Dios mío!, ¿y dónde metemos todo esto? —comenzó a quejarse la mujer, pero se calló al advertir la mirada reprobatoria de su marido. Vatanen pagó la carrera y, antes de salir, volvió a dar las gracias. El taxista dijo:

—No tiene más que llamarle y yo le llevaré las hierbas.

5

LA POLICÍA

A mediados de julio el deambular de Vatanen lo había llevado a la carretera que conduce a Nurmes. Llovía, y tenía frío.

Acababa de apearse del autobús de Kuopio y ahí estaba, en medio de una carretera lluviosa, calándose hasta los huesos por culpa de un impulso, y a varios kilómetros aún de Nilsiä.

La liebre había crecido considerablemente y apenas cabía ya en la cesta; su pata trasera estaba curada.

Tras un recodo de la carretera, Vatanen vislumbró una casa que, por su aspecto, parecía pertenecer a alguien acomodado.

Decidió acercarse y pedir alojamiento para esa noche. En el patio, una mujer con impermeable arreglaba el jardín. Tenía las manos negras de tierra. Era una mujer vieja, y por un instante Vatanen creyó ver la imagen de su mujer. Ésta tenía un aire parecido.

—Buenos días.

La mujer se incorporó y escrutó al forastero, e inmediatamente a la liebre mojada que brincaba a los pies de Vatanen.

—Soy Vatanen, acabo de venir de Kuopio. Me bajé del autobús por error, debería haberlo hecho en Nilsiä. Parece que llueve un poco... ¿Cómo van las cosas por aquí?

La mujer no dejaba de mirar a la liebre.

—¿Y eso qué es?

—Pues una liebre, nada más. Nació por la parte de Heinola. Es mi compañera. Juntos hemos hecho un largo camino.

—¿Y qué lo trae por aquí? —preguntó la mujer con desconfianza.

—Pues nada de particular. Voy viajando de un lado a otro con esta liebre..., para pasar el tiempo... Como ya le he dicho, me bajé del autobús antes de tiempo... Empiezo a sentirme cansado...

¿Tendría inconveniente en que me quedase a pasar la noche?

—Se lo preguntaré a Aarno.

La mujer entró en la casa. La liebre mordisqueaba algunas plantas del jardín para engañar al hambre. Vatanen la regañó y, al final, la cogió en brazos. En la escalera apareció un hombre de baja estatura, mediana edad e incipiente calvicie. Dirigiéndose a Vatanen dijo:

—Váyase. Aquí no puede estar; tiene que irse ahora.

Vatanen se molestó un poco y le pidió al hombre que, por lo menos, le llamase a un taxi.

El hombre le repitió que se fuera, pero esta vez parecía algo atemorizado. Vatanen avanzó unos pocos pasos con la intención de dialogar, pero el hombre se metió rápidamente en la casa y le dio con la puerta en las narices. «Qué gente más extraña», pensó Vatanen.

—¡Llama ya, es un loco! —se oía la voz de la mujer desde el interior, a través de la ventana. Vatanen supuso que el matrimonio, después de todo, iba a pedirle un taxi.

—Sí, sí..., a casa de los Laurila, vengan en seguida; esta delante de la puerta, intentó entrar, es un loco: tiene una liebre.

Vatanen les oyó colgar e intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. No dejaba de llover. A través de la ventana el hombre le gritó en tono expeditivo que dejase de golpear la puerta.

—Tengo un arma —dijo.

Vatanen se sentó en el columpio cubierto. La mujer gritó desde la ventana.

—No intente entrar.

Al cabo de un rato irrumpió en el patio un coche de policía.

De él salieron dos agentes uniformados que fueron directamente hacia Vatanen mientras, desde la escalera, el matrimonio lo señalaba con el dedo.

—Llévenselo. Es él.

—A ver, ¿se puede saber qué se propone usted?

—Pedí que me llamasen a un taxi, pero los llamaron a ustedes.

—¿Y también tiene una liebre?

Vatanen abrió la cesta donde la liebre llevaba un rato resguardándose de la lluvia. Asomó la cabeza, estaba asustada y tenía aspecto de sentirse culpable. Los agentes cruzaron sus miradas y asintieron con la cabeza. Uno de ellos dijo:

—Pues haga el favor de acompañarnos. Y entréguenos la cesta.

6

EL COMISARIO

Los agentes se sentaron delante con la liebre y dejaron a Vatanen solo en el asiento de atrás. Al principio, el viaje transcurrió sin que entre ellos mediase palabra alguna; un poco antes de llegar al centro del pueblo, el que llevaba la cesta dijo:

—¿Puedo verla?

—Vale. Pero no la coja de las orejas.

El agente abrió la cesta y vio cómo la liebre asomaba su hocico por la rendija. También el que conducía se estiró, y redujo la velocidad para verla mejor.

—Es de este año —dijo—. Yo diría incluso que de la camada de finales de invierno.

—Lo dudo; hace un par de semanas era aún muy chiquita. Creo que ha debido de nacer en junio.

—Es un macho —sentenció el otro agente.

Llegaron al centro de Nilsiži, dejaron el coche en el patio de la comisaría, cerraron la cesta de la liebre y llevaron a Vatanen adentro.

El oficial de guardia, que se aburría en su despacho, medio dormido y con la camisa reglamentaria desabrochada, no pudo disimular su alegría ante la perspectiva de pasar un rato acompañado.

Ofrecieron asiento a Vatanen, que sacó su cajetilla e invitó a tabaco a los agentes. Ellos cruzaron sus miradas antes de asentir y

aceptar un cigarrillo cada uno. Sonó el teléfono. Contestó el oficial de guardia.

—Comisaría de Nilsiä, Heikkinen al aparato... Muy bien...

Mañana pasaremos por ahí... Pues... sin novedad, hasta ahora sólo un caso.

El oficial de guardia comenzó entonces a examinar atentamente a Vatanen, como intentando averiguar qué tipo de caso sería el suyo.

—Sí, avisaron por teléfono; llamó Laurila. Por lo visto ha intentado entrar a la fuerza. Parece equilibrado. Acaban de traerlo... Adiós.

Colgó el teléfono.

—El asistente social. Hay que llevar mañana a Hänninen al Centro de Acogida, porque por lo visto él solo no va.

El oficial de guardia escrutó a Vatanen. Ordenó sus pocos papeles sobre la mesa y en un tono lo más oficial posible, dijo:

—Veamos este caso. Documentos.

Vatanen le dio su cartera, de la que el oficial sacó los carnés y un gran fajo de billetes. Los agentes se acercaron a mirar. El oficial examinó primero los carnés y acto seguido se puso a contar los billetes. Tardó bastante, y durante ese tiempo su voz iba resonando en el despacho con un ritmo monótono, como en el recuento de votos de unas elecciones.

—Mucho —dijo—. Cinco mil ochocientos cincuenta marcos.

Permanecieron callados durante un largo rato.

—Es que he vendido mi lancha —explicó finalmente Vatanen.

—¿Tiene un recibo, por casualidad?

Vatanen tuvo que reconocer que no conservaba el recibo.

—Yo nunca me he podido permitir llevar semejante cantidad de pasta encima —Dijo uno de los agentes.

—Ni yo —dijo el otro con cierto fastidio.

—¿Es usted ese mismo Vatanen que escribe en las revistas? — preguntó el oficial. Vatanen asintió con la cabeza.

—¿Y qué es lo que le trae por aquí, tiene acaso algún artículo en mente, algo relacionado con esa liebre quizá?

Vatanen respondió que no se encontraba en viaje de servicio y preguntó dónde podía hospedarse. Empezaba a sentirse muy cansado.

—Sí, claro, pero está la denuncia del doctor Laurila, que es el médico municipal, y quien ha insistido en que lo retengamos aquí. Eso es lo que hay.

Vatanen dijo que, en su opinión, ningún Laurila era quién para ordenar la detención de nadie.

—Ya. Pero en cualquier caso estamos obligados a verificar su identidad, máxime cuando lleva tanto dinero encima. Y además, ¿qué significa esta liebre? El médico municipal afirma que usted ha intentado entrar en su casa a la fuerza, los ha amenazado y obligado a llamar a un taxi... Y, para colmo, ha exigido de malas maneras un alojamiento. Tal y como están las cosas, hay razones suficientes como para no dejarlo marchar así como así; aunque no pretendo decir que estemos ante un caso grave. Si al menos quisiera explicarme lo que le trae por aquí.

Vatanen contó que había dejado su casa y su empleo, y que a decir verdad se encontraba huyendo y aún no había tenido tiempo de tomar decisiones sobre su futuro. De momento seguiría viajando por el país y curioseando un poco.

—Voy a llamar a los chicos de Kuopio —resolvió el oficial de guardia. Marcó el número—. Oye, soy Heikkinen, de Nilsiä. Mira, tenemos aquí un hombre un poco extraño... Para empezar, lleva una liebre... Es periodista. Tengo una denuncia telefónica contra él, por violación de la intimidad hogareña: ha intentado conseguir alojamiento en una casa a la fuerza... Sí, y pasta..., seis mil en la cartera. Sin embargo, no tiene aspecto de estar loco, no te llamo por eso, pero ¿qué te parece a ti que deberíamos hacer con él?, quiere largarse..., no vaya después a tirar de pluma y... Pues dice que no va a ningún sitio en particular, que va curioseando por ahí con esa liebre. Sobrio y tranquilo... Ajá, pero si luego tenemos problemas...

¡Ah, claro!, pues entonces habrá que hacerlo... Pues muchas gracias... Aquí está lloviendo, se ha pasado lloviendo todo el día. Adiós.

—Los chicos de Kuopio dicen que ellos lo meterían en el calabozo por lo menos esta noche, ya que se declara usted vagabundo y, además, hay este dinero por medio; sin mencionar la denuncia. Así que si no tuviese usted inconveniente en aceptar este arreglo...

—¿Por qué no llama al jefe de policía? Ni que estuviese usted a las órdenes directas de Kuopio.

—Lo habríamos hecho hace tiempo, pero está pescando y no estará de regreso hasta las diez de la noche; eso con suerte. Así que, casualmente, yo soy ahora el máximo responsable aquí. Los de Kuopio me dicen que de ninguna manera podemos dejarlo libre y, después de todo, ¿dónde iba a ir con la tarde tan mala que hace?

—¿Y qué vamos a hacer con la liebre? —se sacó Vatanen de la manga.

La atención se centró ahora en la liebre cuya cesta habían dejado en el suelo cuando contaron el dinero. Desde allí, el lebrato seguía tranquilamente el transcurrir de los acontecimientos. Era evidente que iba a convertirse en un nuevo problema para la policía.

—Ajá... ¿Y qué vamos a hacer con ella? ¿Y si la confiscamos en nombre del Estado y la soltamos en el bosque? ¿Qué tal, sabrá apañárselas sola?

Entonces Vatanen esgrimió el certificado que había obtenido en Mikkeli.

—Yo tengo derecho legal sobre esta liebre, y nadie va a quitármela, o confiscármela, o a soltarla en ningún bosque. Y al calabozo no puede ir: es un lugar muy insalubre para un animal silvestre y sensible; podría hasta morir.

—Pues me la llevo esta noche a mi casa — dijo uno de los agentes. Pero Vatanen también tenía respuesta para esto.

—Sólo en el caso de que tenga usted la formación necesaria para cuidar roedores salvajes, y de que disponga de un espacio

adecuado para ello. Además, éste necesita guija para alimentarse, y muchas otras plantas muy específicas; de lo contrario podría morir intoxicada. Y usted quedaría obligado a indemnizarme si a esta liebre llegase a ocurrirle algo. Y este tipo de animal no es precisamente barato.

La liebre seguía la conversación y parecía asentir con la cabeza a las palabras de Vatanen.

—¡Pero esto se está volviendo un disparate! —Exclamó el oficial —. Mi opinión es que puede usted marcharse. Pase por aquí mañana para un interrogatorio, digamos a las diez. ¡Ah!, y llévese la liebre.

—Mira bien lo que haces —advirtieron los agentes al oficial—. ¿Qué crees que va a decir Laurila cuando se entere de esto? Y cómo sabemos si podemos farnos de este hombre; fíjate en ese dinero, por ejemplo. Este hombre ni siquiera tiene coche, y vete a saber de dónde ha salido. A lo mejor hasta no es Vatanen.

—Ajá... pues... Espere un poco entonces. ¡Hay que seguir pensando, coño!, ¡y el jefe de pesca! ¿Alguien tiene un cigarrillo?

Vatanen ofreció una nueva ronda. Fumaron en silencio durante un buen rato.

Finalmente el agente más joven se dirigió a Vatanen:

—No vaya a malinterpretarnos, no tenemos nada personal contra usted, pero hasta la policía tiene sus normas. Por ejemplo, que usted no tuviese esa liebre simplificaría mucho las cosas...

Analice este caso desde nuestro punto de vista: ¿cómo podemos saber si no ha cometido usted algún asesinato antes de salir de Helsinki... y si luego no se ha vuelto loco y ha terminado deambulando por aquí sin motivo aparente, como en efecto parece...?

Usted entonces resultaría ser una de esas personas imprevisiblemente peligrosas...

—Déjate de zarandajas —dijo el oficial. —Aquí no se trata de asesinatos ni mucho menos.

—Sí, pero podría ser, en teoría. No digo que sea, pero podría ...

—Igualmente yo podría ser el asesino —bufó el oficial.

Apagó el cigarrillo, miró a la liebre con resentimiento, y por fin se preguntó en voz alta:

—Y si procediésemos de la siguiente manera: usted continúa por aquí; aunque sea en esta misma sala de guardia, hasta que podamos consultar al comisario... Pongamos... dos o tres horas.

Luego cerramos el caso. Incluso podría echarse en ese catre, si tiene sueño. Hasta podríamos, si lo desea, preparar café. ¿Qué prisa tenemos? ¿Estaría usted de acuerdo con este apaño?

Vatanen estuvo de acuerdo.

La liebre fue colocada en su cesta sobre la cama que se encontraba al fondo de la sala y que los agentes, por lo visto, utilizaban por la noche para descansar. Vatanen preguntó si podría ver el tipo de instalaciones de que disponía la policía de Nilsiä para los detenidos. El oficial se ofreció de buena gana a enseñárselas y todo el grupo desfiló hacia los calabozos. El oficial abrió la puerta.

—No son gran cosa. Lo que más para aquí son borrachos. Y a veces gente de la zona de Tahkovuori. Pero hemos tenido incluso periodistas —explicó el oficial a Vatanen.

En la comisaría había dos calabozos, pared con pared: dos estancias modestas, sin rejas en las ventanas, sino un vidrio opaco fundido alrededor de una malla de alambre. Una cama de hierro atornillada a la pared y una taza de water sin tapa, también atornillada a la pared. Del techo colgaba una bombilla desnuda.

—Suelen romperla en los ataques de furia, y luego tienen que pasarse las noches sin luz. Deberíamos protegerla con un armazón de acero; los más altos llegan de un salto.

Los agentes prepararon café y Vatanen se dispuso a dormir sobre el catre de la sala de guardia. Las autoridades conversaban en voz baja sobre su caso, creyéndolo ya dormido. Vatanen podía oír cómo criticaban a Laurila. En general, consideraban el caso bastante insólito: habría que mantener, al menos en principio, una actitud prudente. Vatanen se quedó dormido.

Por la noche, hacia las diez, el oficial vino a despertarlo.

Explicó que habían dado con el comisario y que éste no tardaría en llegar. Vatanen se frotó los ojos, echó un vistazo a la cesta, a sus pies, y descubrió que estaba vacía.

—Los chicos han salido con ella al patio. Nos dimos cuenta de que no se escapa y pensamos que quizá tuviese hambre; le hemos traído guijas de éas. Ha comido bien, pierda cuidado.

Los agentes entraron con la liebre, la dejaron en el suelo a su aire. En un momento la liebre puso todo perdido de excrementos. Los agentes los empujaban con el pie hacia los rincones, aunque con no muy buen resultado; de modo que sacaron un trapo del cajón de la mesa y empezaron a barrerlos hacia las paredes.

Un pequeño automóvil amarillo entró en el patio. Era el comisario. Vio a la liebre en el suelo y, sin perturbarse lo más mínimo, estrechó la mano de Vatanen:

—Savolainen.

El oficial de guardia le explicó pormenorizadamente la situación. El comisario era un tipo joven, tal vez recién licenciado en derecho e instalado en aquel paraje con el único propósito de ganar dinero. Escuchó el informe, eso sí, con toda corrección.

—¿Los chicos de Kuopio aconsejan que lo encerremos?

—Eso dijeron, pero nosotros no hicimos caso.

—Bien hecho. Ya conozco a ese Laurila.

El comisario inspeccionó los documentos de Vatanen y le devolvió el dinero.

—Voy a llamar al médico ése —dijo. Y así lo hizo—:

—Al habla el comisario Savolainen. Buenas noches... Por lo visto ha denunciado usted a una persona... Sí, de acuerdo. No obstante, el asunto es que esa denuncia es infundada. Al menos así lo indican nuestras investigaciones. Debería presentarse usted aquí inmediatamente, para aclarar el caso... No, no mañana, de ninguna manera. Esto puede llegar a ser muy serio para usted si no es capaz de justificarlo. Como policía no puedo hacer más si el afectado no cede. Considere que este hombre, detenido por su culpa, bien podría denunciarlo por falsa acusación. Ha tenido que permanecer

aquí bastante tiempo. Yo no estaré, pero puede declarar ante el oficial de guardia, él llevará el interrogatorio. Buenas noches.

El comisario le hizo un guiño a Heikkinen y dijo:

—Escucha lo que tenga que decir y hazle algunas preguntas que le den qué pensar. Pregúntale lo que sea, si quieras hasta puedes tomarle las huellas, y luego al final le dices que puede irse, que la acusación pública, o sea yo, no va a entablar pleito a no ser que el afectado lo considere necesario. Ya sabes. ... Bueno. Y usted, Vatanen, ¿dónde piensa pasar la noche? Yo volveré al lago hasta mañana, hemos dejado puestas allí las redes. Tengo una cabaña de pescador, en realidad una pequeña sauna. ¿Qué tal si me acompañan, usted y su liebre? Ella estaría más en su ambiente y usted podría dormir tranquilo.

Los policías escoltaron a Vatanen, al comisario y a la liebre hasta el patio. El oficial de guardia dijo al comisario:

—Ya intuí yo desde el primer momento que éste Vatanen era un buen hombre.